



Fotografía: Alejandro Arteaga

Cuatro poemas

Ibán de León

1987

GUARDO TU NOMBRE EN UNA CAJA DE ZAPATOS.
Eran los siete años que abrían nuestro mundo.
De mañana,
tus labios repetían la historia:
encontrar nuestros pasos
para ir a la escuela tomados de la sombra.
En tus ojos de agua el calor encendía un poco de tristeza.
Me gustaba
tocar tus iniciales en el salón de clases.

Pienso en tu vida lejos de las aulas,
en tu desilusión presentida antes del recreo.
Te veo como entonces, Laura,
alegre por el ruido de los juegos.
Amaba tu sonrisa,
tus ocurrencias todas,
tus manos que apretaban
un puñado de hierba
arrancado de pronto en el camino a casa.

No sé qué signifiquen
las cinco letras que construyen tu ausencia;
las guardo en esta caja,
y pienso
que el llamado despunta
a las seis horas justas de los pájaros,
que el mundo recomienza entre nosotros
cuando cierro los ojos.

Papalotes

¿Recuerdas aquellas mariposas
y el juego desmedido de las nubes?
Sentados en la tierra,
bajo la sombra exuberante de los mangos,
trazamos delicados papalotes
que el viento sacudía en lontananza;
ni el pegamento aquel —enrudo le llamábamos—,
ni el colorido del papel de China,
ni los levísimos carrizos,
sobrevivían al tumbo de los meses:
sólo unos días
y los sueños bajaban para ya no levantarse.

Volábamos:
tejimos una trampa para el tedio
y nunca,
como exigía el aire,
escuchamos
—debajo de nosotros—
el llamado nervioso de la tierra.

Éxodo de los durmientes

Salíamos de tarde.
Dejábamos atrás la puerta de la casa,
el patio,
un cielo de naranjos,
la risa de los niños surcada por los juegos.

El puente aparecía
sobre el pequeño arroyo.
Debajo las mujeres lavaban en las piedras.
A pie, siempre en silencio,
buscábamos el pueblo de mamá
tendido entre los cerros.

Llegar era perderse en los recuerdos
de una mujer que entonces
me parecía inmensa.
Campanas anunciaban
el fuego de las fiestas.
La plaza era un temblor a mediodía
manchada por el brillo del durazno,
los mangos y el zapote,
el barro,
los juegos pirotécnicos.
El mundo que rodaba hasta entrada la noche
nos devolvía al cuerpo de las sábanas
con el último grito de los cohetes.

Cuando la madrugada abría su sigilo,
el canto de los gallos
señalaba la ruta del regreso.
Doblábamos el vientre del camino
—el sueño confundido entre los ojos—
para allanar el aire
de las horas pasadas.
Mamá auguraba entonces
la desaparición de sus ancestros.

* Todos los poemas forman parte del libro *Oscuridad del agua*, Premio Nacional de Poesía Sonora 2011, que próximamente publicará el Instituto Sonorense de Cultura.

Bajareque

Se levantaba,
como un pequeño monte,
debajo de los mangos,
rodeada por el eco de los pájaros
y el ruido de los cerdos que a veces irrumpían
en la era mojada de las flores
del corredor.
El aire la cubría,
la iba desgastando lentamente;
el barro de sus muros
mostraba las lesiones dejadas por las lluvias.

Tenía dos ventanas,
una puerta chirriante de madera
y más allá un patio poblado por gallinas.
Había en sus adentros un ropero,
dos camas,
una hamaca en el aire de la siesta
y un altar con sus santos,
alumbrado por lentas veladoras.

La cocina de varas, a un costado,
concentraba el aroma:
un brasero de leña,
el comal hacia el fondo
y los trastes
sobre la mesa oscura que construyó mi padre.

Estaba ahí la casa,
entregada al avance de los días,
cayendo poco a poco, silenciosa:
su tejado cubierto por las hojas de frondosos mangles,
las ventanas abiertas en la tarde al calor del verano.

Los pájaros aún llegan
a poblar con sus ecos
el inicio del día. 